

Homilia por la Cultura¹

Alfonso Reyes

Nota introductoria²

En un apunte de su diario personal del jueves 28 de octubre de 1937, Alfonso Reyes registró:

ayer tarde lei a la *Asociación Bancaria de Buenos Aires* mi 'Homilia por la Cultura', con que inauguro serie de actos culturales. Aún no me explico porqué se empeñaron en que fuera yo ...³

¿Por qué habrían de empeñarse en que Reyes —ensayista, diplomático, politólogo y maestro— se dirigiera a tal tipo de auditorio? Con las herramientas y conocimientos que tenemos el día de hoy, no podemos proporcionar una respuesta objetiva y final. Para tal fecha, Reyes aún no concebía uno de sus proyectos más ambiciosos, *El Destiende*, donde se proponía separar o aislar el objeto literario de los demás objetos teóricos del espíritu, incluido el matemático. Una vez publicado, *El Destiende* se convirtió en un 'clásico' del ensayo literario casi inmediatamente.⁴ Es más, la conferencia que sustentó Reyes en aquella ocasión era uno de sus primeros intentos por bosquejar explícitamente la

1. Alfonso Reyes "Homilia por la Cultura". Conferencia sustentada ante la *Asociación Bancaria de Buenos Aires* el miércoles 27 de octubre de 1937. Publicada por primera vez en *El Trimestre Económico*, de abril a junio de 1938 (Vol. V, No. 1, Pp. 80-102). Reimpresa en Alfonso Reyes *Temas y orientaciones*. México: Editorial Nueva Mundo, 1944. Pp. 63-83.

2. Alejandro R. García-Rojo.

3. *Diario de Alfonso Reyes*. No. 6. Conciencia Buenos Aires, 23 Junio 1937. Acaba Río de Janeiro, 23 Junio 1938. Capilla Alfonsina, México, D. F.

4. Alfonso Reyes *El Destiende: Apuntes para la teoría literaria*. México: Fondo de Cultura Económica, 1963 (Col. Obras Completas de Alfonso Reyes, Vol. XV.) [*El Destiende* fue concebida originalmente entre mayo y junio de 1940 y sirvió de base para un curso de *El Colegio Nacional* impartido entre junio y agosto de 1943.]

filosofía social y de la cultura que impulsaba su trabajo.⁵ Dentro de su carácter hispanoamericano, Reyes deseaba incorporar a sus hermanos de sangre al plano de la cultura universal, pero de ninguna manera deseaba que esta incorporación significara la pérdida de sus valores culturales autóctonos. Como podemos analizar a través de la lectura del siguiente ensayo, las matemáticas jugaban un papel preponderante en este afán por encontrar sistemas regulares de conexiones que pudieran explicar la cultura como la obra por excelencia de la inteligencia humana.

5 Alicia Reyes *Vida y figura de Alfonso Reyes*. Buenos Aires: Eudora, 1976. Pág. 211.

Homilía por la Cultura [Sección I]

Honra a esta asociación el propósito de fomentar en su seno los estudios de la cultura. Esta conciliación, entre la Económica y las Humanidades contenta ciertamente nuestros viejos anhelos platónicos, acariciados desde la infancia, y hasta nos convida a soñar en un mundo mejor, donde llegue a resolverse la antinomia occidental entre la vida práctica y la vida del espíritu. Todo empeño por partir artificialmente la unidad fundamental del ser humano tiene consecuencias funestas: arruina a las sociedades y entristece a los individuos. Por encima de todas las especialidades y profesiones limitadas a que nos obliga la complejidad de la época, hay que salvar aquélla que Guyau y Rodé han llamado la 'profesión general de hombre'. Aparte de que el hombre de varios recursos está mejor armado para los vaivenes de la suerte; porque el que sólo tiene un recurso, es como el ratón de un solo agujero que decía, hace cuatro siglos, la *Celestina*: 'No hay cosa más perdida, hija, que el mur que no sabe sino un horado; si aquél le tapan, no habrá dónde se esconda del gato'. Stendhal, llamado a escalar las tempestuosas montañas de la novela romántica, en cierto momento de su vida cuelga la espada de subteniente y se hace especiero en Marsella. Y el más alto poeta vivo de mi país, Enrique González Martínez, —que por cierto fué ministro en la Argentina hasta hace pocos lustros—, para sobrellevar el naufragio cuando lo azotó la fortuna y tenía, como dice la gente, 'el santo de espaldas', abrió tranquilamente un expendio de jabón y otras mercancías humildes, pero limpias, al que puso como nombre y enseña el título de su más famoso soneto: *La muerte del Cisne*.

Querer encontrar el equilibrio moral en el solo ejercicio de una actividad técnica, más o menos estrecha, sin dejar abierta la ventana a la circulación de las corrientes espirituales, conduce a los pueblos y a los hombres a una manera de desnutrición y de escorbuto. Este mal afecta al espíritu, a la felicidad, al bienestar y a la misma economía. Después de todo, economía quiere decir recto aprovechamiento y armoniosa repartición entre los recursos de subsistencia. Y el desvincular la especialidad de la universalidad equivale a cortar la raíz, la línea de alimentación. Cuando los especialistas, magnetizados sobre su cabeza de alfiler, pierden de vista el conjunto de los fines humanos, producen aberraciones políticas. Cuando los hombres lo pierden de vista, labran su desgracia y la de los suyos. El otro día, en el film *Tiempos*

modernos, Chaplin nos daba la caricatura, más trágica que risueña, de la enfermedad a que conduce la continuada ocupación de apretar tuercas en las máquinas. Cuidemos, sí, cuidemos de apretar la tuerca que representa nuestro oficio práctico, pero no olvidemos la otra tuerca, la que nos prende al universo. Si el universo —decía Pascal— nos contiene por el espacio, nosotros contenemos al universo por el espíritu. Como 'hay tiempo para llorar y tiempo para reír', debe haber tiempo para la acción y el tiempo para la contemplación. Un baño frecuente en los universales devuelve su elasticidad a nuestra acción limitada y le presta nuevo vigor. Dicen que basta ver una vez al día, de pasada y aun sin darle importancia, la imagen del Gran San Cristóbal, para evitar accidentes y desgracias. Los chauffeurs suelen llevar consigo una imagen del milagroso santo. Nuestro Gran San Cristóbal debe ser este sentido de lo universal que se llama la cultura: un vistazo diario al reino de la cultura, desde nuestra humilde ventanita, nos libertará de accidentes y desgracias.

Platón, en uno de aquellos diálogos que varias veces han dado la vuelta al mundo, destaca, bajo la apariencia de un símbolo poético, una profunda verdad ideal. Asegura que los humanos no fueron siempre lo que hoy son: que eran unos seres mixtos —hoy decimos mixtos o dobles, pero habrá que decir completos— en que la pareja hombre y mujer estaba fundida en una sola unidad biológica que se bastaba a sí misma. Otro símbolo nos ha dicho que Eva estaba intrínseca en el cuerpo de Adán: brotó de su costilla, como el retoño brota en el tronco. Y la historia natural nos enseña que esta partición o bifurcación es uno de los modos elementales de reproducirse los seres. Así, en la célula viva —examinada al microscopio— acontecen revoluciones muy semejantes a los cismas políticos: el núcleo engorda y se rompe, y cada pedazo se va a su rincón, convertido, a su turno, en pequeño sol de un diminuto sistema planetario de puntitos y bastoncitos; hasta que la célula original se divide en varias células nuevas. De igual modo el ser andrógino de Platón se partió un día en sus dos elementos, el masculino y el femenino. Y aquí comienza el gritar y el rechinar de dientes, porque cada fragmento se acuerda (esto de ' acordarse ' tiene una gran importancia en la filosofía platónica), se acuerda —digo— de la unidad armoniosa que antes era, y se echa por la vida a buscar afanosamente, 'su media naranja'.

Pues imaginemos ahora que la cabeza del hombre, continente filosófico para una imagen del universo, también haya sido partida en dos cotiledones, catástrofe botánica de que aún parecen quedar vestigios en los dos hemisferios cerebrales, tan semejantes a los granos de ciertas

plantas, dobles y simétricos con respecto a un eje central. Imaginemos que un pedazo de la cabeza se llevó toda la teoría y el otro toda la práctica; aquél toda la contemplación, éste toda la acción. ¡Ay! ¿Qué harán el uno sin el otro? ¿Cómo no habrán de anhelar por juntarse y ayudarse entre sí, al igual de los seres bifurcados de que hablaba Platón? Aspiran a coordinarse las partes, aspira a recomponerse el compecaezas (que aquí propiamente podemos llamarle así) para que una y otra porción sumen sus flaquezas y deficiencias y arreglen un compendio de energía cabal. Así la especialidad sin la universalidad es una mutilación: así el bancario sin la cultura, como cualquier otro oficial de otro oficio cualquiera. Pero eso, en aquel soneto de Quevedo, el ciego —que anda y no ve— presta sus piernas y pide sus pupilas al cojo —que ve y no anda— para entre los dos sacar un dechado armonioso, una figura de viabilidad suficiente.

Y ya que nos hemos lanzado por este firmamento de los símbolos, recordárennos la fábula egipcia de Isis y Osiris: Osiris, despedazado entre todas las estrellas del cielo nocturno, aparece reconstruido en el cielo diurno, y eso es el Sol. Y el secreto es que Isis, la Luna, junta cada noche, estrella a estrella, los millones de fragmentos y trizas de su esposo. El mito de Isis nos inspire: pensemos que la realidad cotidiana, en sus mil embates, se empeña siempre en destrozarnos. Y reconstruyámos, con una voluntad permanente, nuestra unidad necesaria. Esta, y no otra, amigos míos, es la tarea de la cultura.

La cultura es una función unificadora. La concebimos bajo la especie geométrica del círculo, la figura total y armoniosa. La función unificadora tiene un cuerpo y un alma. En el orden individual o moral todos lo entienden. En el social o político, el cuerpo es la geografía (necesidad) y el alma es la concordia (libertad). La voluntad de concordia, de coherencia, de intercambio, procura, en todos los pueblos y a través de todas las tierras, nivelar y anular las desigualdades geográficas, para que la circulación humana sea más plena y regular en la tierra. Se trata de hacer de la tierra natural —accidente de la geografía— una tierra humana, fruto de nuestra iniciativa hacia el bienestar y el mutuo entendimiento.

La cultura es una función unificadora. Los fenómenos se estudian y se describen por partes, pero existen en manera de continuidad. Lo aislado no se da ni en el espíritu ni en la naturaleza. El aislar un objeto de acción o de conocimiento no es más que una operación transitoria y provisional. Y he dicho bien una operación, porque tiene algo de trata operatoria, de ligadura de una vena para evitar una sangría, mientras se procede a una intervención. La inteligencia, en su proceso físico

sobre nuestra habitación terrestre, unifica nivelando y comunicando entre sí las partes de la tierra. La inteligencia, en su proceso político sobre el ser de nuestras sociedades, unifica creando el entendimiento internacional. Cuando la inteligencia trabaja como agente unificador sobre su propia sustancia, produce la cultura. Los conocimientos, las ciencias y las artes, se cambian constantes avisos entre sí, viven de la intercomunicación.

Caso heroico el de la matemática, y por eso va a servirnos de ejemplo. La matemática, que los banqueros tienen obligación de practicar y conocer como a persona de la familia, parece, por su abstracción misma, una disciplina sin atmósfera social, un conocimiento neumático. Y, sin embargo, está atanzada, como la yedra, al muro de la vida. Desde luego, su abstracción misma la hace abrazar todos los fenómenos, considerados bajo cierto aspecto, el aspecto cuantitativo. Esto nos explica ya su continuidad con todas las demás especies del conocimiento. Y, por paradójico que a primera vista parezca, también los fenómenos de orden cualitativo se dejan interpretar, sondear y captar por la matemática: esta red envuelve todos los peces. Vamos a explicarlo con un caso concreto.

Al principio fuimos recordado a Pascal. Pascal solía decir que por un lado marchaba el espíritu de fineza (orden cualitativo) y por otro el espíritu de geometría (orden cuantitativo). La verdad es que hay entre ambos unos vasos comunicantes. Escogamos una de las cosas más apuradas: nada hay más aparente que la luz, la luz, madre de los colores. Pues he aquí que los colores lo mismo se prestan al conocimiento psicológico o cualitativo, que al conocimiento físico o cuantitativo. Un día se produjo una controversia ilustre en la historia de las ciencias. Ella está representada por dos sabios, uno Newton y otro Goethe, el autor del *Fausto*, que era también un hombre de ciencia. Newton prendía la interpretación cuantitativa de los colores; Goethe se aferraba en la cualitativa. Cada uno tenía la mitad de la razón, Newton abría el ciclo de investigaciones que, poco a poco, habían de llevar a la ciencia a la explicación de los colores como efectos de velocidades distintas en la onda luminosa; y esta teoría ha sido fecunda para la física. Goethe insistía en la autonomía cualitativa de cada color, en la sensación del color, y su análisis de esta sensación no habla sido superado hasta entonces. El hecho visual del verde y el rojo no puede sustituirse por dos números que representen dos velocidades de ondas diferentes; y, sin embargo, a través de este lenguaje, la matemática opera y realiza resultados con una cosa que parece serle tan ajena como lo es la sensación que tenemos de los colores. De suerte que una cifra algebraica

puede, para ciertos efectos, hacer las veces de un lienzo del Veronés, vibrante en su doble llama de azul acero y amarillado.

Hay más ni siquiera está desahida la matemática de la realidad social de cada época. No me refiero sólo al progreso de las nociones o de los instrumentos. El estado social en el aspecto más cualitativo y emotivo, en el sentido de estado político, afecta profundamente la historia de la matemática. El desarrollo y el ejercicio de este conocimiento no son impermeables, por ejemplo, a la noción de clase social. La matemática del antiguo Egipto, con ser tan asombrosa, nos resulta hoy envuelta entre artificiales misterios de castas, que no tienen ya a nuestros ojos más valor que el de un estado transitorio en las sociedades. El sacerdote, el iniciado, era el único que tenía derecho a la fórmula para medir el nivel de las crecientes del Nilo (y de las bajantes, para ser actual);⁴ y esta circunstancia, a la vez que trascendía a la vida general de aquel pueblo, se reflejaba en la vida de la matemática.

No necesitamos retroceder en los siglos para encontrar yerbas adventicias de antropomorfismo en el campo de la matemática. Los ejemplares sociales de todas las épocas conviven en las distintas capas humanas de cada época. Hay quien vive todavía en la Edad Media, y hay todavía gente primitiva. Ciertos pueblos africanos de hoy en día sólo tienen nombre numeral para las decenas, y completan las unidades veintenas con gestos de la cara y señas de la mano. En la oscuridad, no pueden comunicarse un cómputo. Para decir: 'He visto cuatro cabras cruzar el arroyo', tienen que decir: 'He visto cruzar el arroyo cuántas cabras?', y aquí la mímica, el gesto o el ademán que corresponden al cuatro es como un lenguaje de sorbonidus.

Para quien vive en el nivel contemporáneo de la cultura, hoy la matemática es lo que es y parece ya del todo higienizada, pasteurizada contra toda influencia antropomórfica. No estamos, sin embargo, muy seguros de que nuestra matemática parezca igualmente pura a la humanidad del año tres mil. Entre los mismos sabios de nuestra época se nota una pugna de criterios, pugna que precisamente se resuelve en una fundamentación más humana de las ciencias exactas. De un lado, aquella tradición que arranca de Descartes (cuyo *Discurso del Método* está recordando la gente universitaria de nuestros días, al cumplirse el tercer centenario de su aparición) y que remata con los logísticos contemporáneos, tiende a considerar la matemática como una disciplina formal, como una síntesis lógica, lo que hace decir a un

⁴ Por los días [1913] en que se leyeron estas páginas, un fuerte viento occidental produjo una bajante en el río de La Plata, perjudicando por algunas horas los servicios de agua en Buenos Aires.

matemático de la otra escuela que también hay arquitectos que, por usar del cemento para juntar sus materiales, quieren construir todo su palacio con cemento. De aquel lado, hay otros que consideran que en la matemática hay un acto de invención humana, el cual puede representarse simbólicamente en el instante de elocución de las fórmulas, de que han de resultar las teorías y las conclusiones, y que es este punto de vista el que ha permitido los grandes adelantos del siglo pasado y del presente. Como veis la matemática vive del cambio con el estado general de la mente, con la cultura. Aun la invención y la imaginación tienen que ver con ella. Y cuando la célebre manzana cae sobre la cabeza de un hombre, se desata, dentro de esa cabeza, un proceso de asociaciones que lo llevan hasta la formulación de algunas leyes físicas fundamentales, proceso que anda mezclado con muchas cosas que no son puramente abstractas y que hasta participa de los caracteres del proceso poético.

Y ya que hemos llegado a la física, ¿quién ignora la historia de los arrepentimientos de Galileo, arrepentimientos de dientes para fuera a que le obligó la policía de su época? ¿Quién negaría entonces la trabazón social que envuelve a la historia de esta ciencia exacta? No hay sólo una trabazón social, hay también una trabazón emocional y sensible. Considérese solamente el esfuerzo que hace el hombre medio de nuestros días (esfuerzo comparable al del contemporáneo de la gran revolución copernicana, que de pronto se sintió expulsado del centro del universo) para aceptar íntimamente las nociones de una geometría no euclidiana, un mundo de cuatro dimensiones, un continuo de espacio-tiempo, un rayo de luz que —por la naturaleza misma de las cosas— recorre una trayectoria en redondo y, tras de millones de milenios, regresa a su punto de partida y, por decirlo así, se muerde la cola. No sólo las ciencias se armonizan entre sí como las distintas partes de un organismo, sino que este organismo, el organismo de la cultura, está empapado y vivificado por la misma sangre de emoción que permea todas las cosas humanas.

Alfonso Reyes Ochoa (1889-1959), traductor, poeta, crítico y literario, fundador del *Ateneo de la Juventud*. Dirigió la *Casa de España en México* y la *Academia Mexicana de la Lengua*. Fue miembro fundador de *El Colegio Nacional* y ganador del *Premio Nacional de Literatura*. El *Fondo de Cultura Económica* ha editado las *Obras Completas* (26 vols.) de Alfonso Reyes y se encuentra en proceso la publicación de su 'diario personal'.
